

ENTRE LA RADICALIZACION ANTIDEMOCRATICA Y EL FASCISMO: LAS JUVENTUDES DE ACCION POPULAR

José Ramón Montero

En el único diccionario al respecto que conozco, se han llegado a contabilizar más de sesenta organizaciones políticas juveniles durante la Segunda República¹. Es probable que la cantidad resulte incluso corta, pero es en cualquier caso expresiva de la importancia de los procesos de movilización política sufridos por la juventud en los años republicanos. A diferencia de la movilización selectiva que conocieron los jóvenes de otros países, en España afectó a los de todos los sectores ideológicos y clases sociales. Hubo así, como es sabido, organizaciones juveniles comunistas, socialistas y cedistas, falangistas y antifascistas, libertarias, y sindicalistas y anarquistas, republicanas y monárquicas, nacionalistas vascas o catalanas y tradicionalistas o españoles, femeninas y paramilitares, al igual que asociaciones estudiantiles de izquierdas y derechas, laicas y católicas, anticlericales y confesionales. De un modo u otro, todas ellas estuvieron presentes, con su activismo, compromiso y radicalización, en los conflictos que enmarcaban la crisis política del nuevo régimen. Y todas ellas contribuyeron, en un grado u otro, al desarrollo de los factores que hicieron inevitable el fracaso final de la experiencia republicana, la más breve e inestable de las europeas de entonces y la única que desembocó en una guerra civil.

Las Juventudes de Acción Popular (JAP) protagonizaron una parte considerable de aquellas respuestas y de estos factores². Para empezar, por su vinculación a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), el partido hegemónico contrarrevolucionario que, liderado por José María Gil Robles, desempeñó un papel

¹ R. CASTERÁS ARCHIDONA: *Diccionario de organizaciones políticas juveniles durante la Segunda República*, La Laguna, Departamento de Historia Contemporánea, 1974.

² He efectuado un análisis mucho más amplio del que se ofrece aquí de la JAP en J. R. MONTERO: *La CEDA: El catolicismo social y político en la II República*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977, vol. I, pp. 582 ss.

decisivo en la vida republicana desde su fundación en 1933³. La JAP se constituyó en la sección autónoma más importante de cuantas logró articular la CEDA, que no fueron pocas ni de escasa relevancia⁴. Además, la JAP ocupó un lugar destacado entre las organizaciones juveniles integradas en partidos, especialmente las del campo conservador o contrarrevolucionario. Ninguna de éstas (como, por ejemplo, la Juventud Española Tradicionalista o la Monárquica, las Radicales o las del Partido Agrario Español, las de Renovación Española o las Republicanas Federales) pudo aproximarse siquiera a su eficacia organizativa y a su implantación territorial. Aunque compartiera con ellas un contenido ideológico antidemocrático y antirrepublicano, la JAP logró amplificarlo notablemente merced a la difusión de sus propios órganos de prensa y al entusiasmo participativo de los 225.000 afiliados que decía tener en 1936⁵. Y por si lo anterior fuera poco, la JAP proporcionó un marco de referencia privilegiado para contrastar la naturaleza e intenciones de la CEDA en torno a su personificación del *peligro fascista* de la República o cuando menos a su dinámica de *fascistización*⁶. Las actividades de la JAP suponían así para algunos la inequívoca conclusión fascista de las ambiguas posiciones de Gil Robles desde las elecciones parlamentarias de 1933, mientras que anunciaban para otros la meta rigurosamente contrarrevolucionaria a la que se llegaría tras la participación cedista en los gobiernos de coalición del segundo bienio. En ambos casos, pues, la JAP subrayaba si cabe su ya considerable importancia como sección autónoma de la CEDA al aparecer como el broche de oro que cerraba, entre la radicalización antidemocrática y el fascismo, el discurso ideológico cedista.

Nacimiento, antecedentes y presupuestos

Los primeros pasos de la JAP fueron similares a los del nacimiento del partido al que se vinculaba. En octubre de 1931 la Asamblea deliberante de Acción Nacional decidió crear una sección juvenil, en la que confluían de nuevo su capacidad de reacción ante el vacío organizativo del campo conservador, la articulación de la defensa ideológica ante el peligro representado por el nuevo régimen republicano y la élite suministrada para sus puestos directivos por la ya influyente Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP)⁷. Sus propósitos originales tenían las limita-

³ Pueden verse al respecto, además de las memorias del propio J. M. GIL ROBLES: *No fue posible la paz* (Barcelona: Ariel, 1968) y del trabajo de MONTERO: *La CEDA*, cit. *supra*, nota 2, los libros de P. PRESTON: *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República* (Madrid: Turner, 1978); J. TUSELL: *Historia de la democracia cristiana en España*, vol. I, *Los antecedentes. La CEDA y la II República* (Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974); y R. A. M. ROBINSON: *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y revolución* (Barcelona, Grijalbo, 1974).

⁴ Entre esas otras secciones autónomas de la CEDA se encontraban las de la Sección Femenina y la propia Juventud Femenina, la Sección de Asistencia Social, la Agrupación Menéndez y Pelayo y la Asociación de Estudios Hispánicos, las Comisiones de Estudio de la Política Española y el Secretariado de Administración Local; cfr. Montero, *La CEDA*, cit., vol. I, pp. 688 ss.

⁵ «*La amplitud de nuestro Movimiento Nacional*». *J.A.P.*, 52, 8 de febrero de 1936, p. 6.

⁶ Cfr. J. R. MONTERO, «La fascistización de la derecha española en la Segunda República: El caso de la CEDA», en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Centro de Estudios Constitucionales, 1987), vol. II, pp. 619 ss.

⁷ Sobre la ACNP pueden verse muchos de los escritos contenidos en A. AYALA: *Obras completas* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1947), en A. HERRERA ORIA: *Obras selectas* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1964) y en F. MARTÍN-SÁNCHEZ JULIÁ: *Ideas sobre los Propagandistas. Selección de discursos pronunciados por el Presidente de la ACN de P desde 1937 a 1952* (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1953) e *Ideas claras. Reflexiones de un español actual* (Madrid: Gráficas Nebrija, 1969), y los trabajos de MONTERO: *La CEDA*, vol. II, pp. 439 ss.; N. GONZÁLEZ RUIZ e I. MARTÍN MAR-

ciones de la inmediatez y de la precipitación. Lo que pretendían quienes por entonces se dedicaban a asentar el nuevo partido de Acción Nacional consistía simplemente en la creación de «una sección de Juventud que (...) [sea] la vanguardia [del partido], actuando como elemento defensor del orden en cuantos actos públicos se (...) [celebren] y (...) [sirva] también de escuela de formación política»⁸. La Juventud de Acción Nacional (JAN, hasta el cambio de denominación de Acción Nacional por Acción Popular) se creó en febrero de 1932, justo a los pocos días de que el congreso de Juventudes Socialistas anunciara la constitución de las milicias. Bajo la presidencia de José María Valiente, los objetivos ideológicos de la JAN no eran diferentes de los habituales de la derecha católica, no faltando incluso las dosis de intolerancia y de insultos que ya circulaban entre los elementos conservadores: «Somos el porvenir —afirma el manifiesto de la JAN—, y debemos evitar que la civilización materialista de Moscú reemplace a una civilización tan espiritual veinte veces secular (...). Salimos a predicar la justicia y el amor que fluyen del Evangelio y las encíclicas de los Papas, convencidos de que la doctrina social católica es la única que puede templar la locura de los de abajo y frenar los egoísmos de arriba. Deseamos que el verdadero espíritu de Cristo renueve totalmente la actual sociedad, seguros de que sólo así se llegará a un mundo mejor (...). Somos hombres de derecha (...). Acataremos las órdenes legítimas de la autoridad; pero no aguantaremos las imposiciones de la chusma irresponsable (...). Declaramos la guerra al comunismo, así como a la masonería (...), aliada ahora con una burguesía explotadora y sectaria, que al negar las tradiciones de España, niega a España misma»⁹.

En contraste con otras organizaciones juveniles de la época, la JAN no surgió de la mano de unos conceptos políticos nuevos, un discurso ideológico rupturista o un lenguaje al menos original. Lejos de ello, reproducía fielmente las pautas ideológicas de la que ya comenzaba a denominarse derecha católica en su versión del catolicismo social. Esta identidad ideológica estaba propiciada por la presencia mayoritaria en los niveles directivos de la JAN de miembros de la ACNP, a la que también pertenecían los principales líderes del partido, los dirigentes de muchos grupos de interés que se movían en su misma órbita ideológica y los redactores de los órganos de prensa que les eran afectos. Debe subrayarse, de otra parte, que, en estrecha conexión con la formación de élites realizada por la ACNP, el desarrollo organizativo inicial de la JAN se vió favorecido por dos antecedentes complementarios. En primer lugar, por la experiencia política lograda por sus fundadores algún tiempo atrás. Gil Robles y Valiente crearon y dirigieron en 1924 la rama juvenil del Partido Social Popular, denominada Vanguardia Social Popular (VSP). Aunque tuvo un período de actuación extremadamente corto (nació en plena Dictadura, y muy poco antes de que el propio Partido desapareciera), la VSP tuvo la virtualidad de servir como arquetipo de la sección que muchos de esos jóvenes populistas habrían de poner en marcha sólo ocho años después¹⁰. De otro lado, por la experiencia organizativa y

TÍNEZ: *Seglares en la historia de España* (Madrid, Reycar, 1968); A. SÁEZ ALBA: *La otra «Cosa Nostra». La Asociación Nacional de Propagandistas y el caso de «El Correo de Andalucía»* (París, Ruedo Ibérico, 1974); y G. HERMET: *Los católicos en la España franquista*, vol. I, *Los actores del juego político* (Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, 1985).

⁸ G. SANTIAGO y CASTIELLA: «Desarrollo de la JAP hasta el momento presente. Experiencias pasadas», ponencia presentada a la IV Asamblea Nacional de la JAP; en *J.A.P.*, 22, 22 de junio de 1935, p. 3.

⁹ En *La Época*, 24 de febrero de 1932.

¹⁰ O. ALZAGA VILLAAMIL: *La primera democracia cristiana en España* (Barcelona, Ariel, 1973).

movilizadora acumulada por aquéllos gracias a su intervención en la puesta en marcha de la Juventud Católica de España (JCE), la sección juvenil de la Acción Católica. Nació precisamente en 1924, a iniciativa del cardenal Reig y a instancias reiteradas de la ACNP, y en seguida adoptó el estilo defensivo y militante característico del catolicismo social¹¹. Sus objetivos eran también los habituales, a los que se añadían los propios de un espíritu combativo que pretendía sacudir la pasividad de los elementos conservadores durante la Dictadura, así como enfrentarse a las organizaciones profesionales o políticas que no hacían de lo católico su razón de ser. En consecuencia, la JCE se proponía, en palabras de Angel Ayala, fundador de la ACNP, templar «el ardor de los nuevos ejércitos de la juventud», levantar un «dique contra la ola laicista y sensual de las organizaciones juveniles enemigas de la Iglesia» y constituir «asociaciones nacionales poderosas por el número y la organización para contrarrestar la fuerza y el influjo social de las organizaciones contrarias, nacionales o internacionales»¹². La JCE tuvo un cierto éxito. En 1927, bajo la presidencia de Angel Herrera Oria (director a la sazón de *El Debate*) y con un Consejo del que también formaban parte Gil Robles y Valiente, decía contar con 12.000 miembros¹³. Cuatro años después, implantada ya la República, esa cantidad estaba a punto de doblarse bajo la dirección de Valiente, que simultaneó durante unos meses la dirección de la JCE y de la propia JAN. Fue así posible que la primera proporcionara a la segunda un nutrido bloque de jóvenes ya socializados en las pautas ideológicas de la derecha católica, una estructura idónea para el crecimiento de la nueva organización política y una amplia red de líderes locales y provinciales¹⁴.

Con estos antecedentes no resulta extraño que la concepción conservadora sobre la juventud y la política sufriera un cambio brusco en el transcurso de un corto período de tiempo, para incurrir después en contradicciones. Durante la época prerrepblicana, los propulsores del catolicismo social cifraban exclusivamente la actividad de los jóvenes en organizaciones apostólicas, estudiantiles o profesionales, todas ellas de naturaleza confesional; las políticas se contemplaban con una evidente óptica negativa, producto de la falsedad de la cosa pública implícita en la Restauración o de la relativa prohibición imperante en la Dictadura. La participación política de los jóvenes carecía además de cauces propios ante la debilidad de los partidos históricos o la artificiosidad de las Uniones Patrióticas de Primo de Rivera, y era en cualquier caso innecesaria por la «normalidad» con la que se desarrollaban los acontecimientos políticos. Pero este esquema saltó por los aires como consecuencia de la implantación de la República: su consideración como la síntesis de todos los peligros revolucionarios obligaba a un esfuerzo de movilización de los sectores conservadores, del que los jóvenes no podían ser una excepción. Como se expresaba en el órgano oficial de la CEDA, «el ideal sería que los jóvenes comenzaran a actuar en política lo más tarde posible, formándose, entre tanto, en actividades sociales o de Acción Católica.

¹¹ GONZÁLEZ RUIZ y MARTÍN MARTÍNEZ: *Seglares en la historia de España*, cit., p. 128; Z. de VIZCARRA: *Curso de Acción Católica* (Madrid, Instituto Central de Cultura Religiosa, 3.ª ed., 1947), pp. 376 ss.; *Juventud de Acción Católica. Ideal. Organización* (Pamplona, Secretariado Diocesano de Acción Católica, 1938); y MONTERO: *La CEDA*, vol. II, pp. 517 ss.

¹² A. AYALA: *Formación de selectos* (Madrid, Sociedad de Educación Atenas, 1940), pp. 286 y 285.

¹³ GONZÁLEZ RUIZ y MARTÍN MARTÍNEZ: *Seglares en la historia de España*, cit., p. 129.

¹⁴ *El Debate*, 6 de diciembre de 1931. De ahí que un apologeta de la CEDA (J. ARRABAL: *José María Gil Robles. Su vida, su actuación y sus ideas* [Madrid, Librería Internacional del Romo, 1933], p. 36) pudiera señalar que «fue de la JCE de donde salió la semilla que hoy [1933] está dando sus frutos en todos los confines de la Patria». La confluencia entre la JCE y la JAN (luego la JAP) no dejó de

Los momentos actuales exigen, sin embargo, que la juventud entre en política, sin perjuicio de simultanearla con otras actividades sociales y religiosas»¹⁵. Pese a ello, la política siguió siendo reputada como una actividad intrínsecamente deformante y por lo tanto perjudicial, cuyas salpicaduras podrían alejar al joven del buen camino. De ahí que la participación política de los jóvenes no fuera sino un mal, aunque se añadiera que un «mal inevitable (...). Lo hubiera sido mayor, en aquellas circunstancias [de la República], carecer de juventudes organizadas políticamente. (...) Cuando había juventudes anarquistas, sindicalistas, socialistas, ateas, radicales, radicales-socialistas, etc., legiones anticatólicas que combatían con el ardor propio de los pocos años, ¿cómo era posible prescindir en absoluto de las juventudes derechistas?»¹⁶.

Claro está que los argumentos *ad necessitatem* favorecían las contradicciones cuando los líderes de la derecha católica intentaban teorizar sobre el carácter político de la JAP; la necesaria politización republicana se compadecía mal con el apoliticismo anterior y sobre todo con las percepciones negativas de la propia política. Así, por ejemplo, Gil Robles explicaba a una audiencia de *japistas* cuál era la finalidad que se perseguía «al encuadrar dentro de nuestras filas las masas juveniles de España»: «Ante todo (...), la finalidad que nosotros perseguimos es la de contrarrestar los efectos que la política pueda causar en vuestro ánimo. (...) Nuestra preocupación ha sido la de traerlos aquí [a la JAP] para sustraerlos al influjo de la política que pudiera desgastar tantos entusiasmos, porque la política (...) es algo que deforma a aquellos que se encuentran en período formativo, tanto en el orden intelectual como en el orden moral. (...) Tenemos que evitar la desfloración vuestra en la política. En la época de la formación yo quisiera que no tuviérais nada que ver con las organizaciones políticas, pero ya que la política ha penetrado en todas partes (...), bueno será que os traigamos a organizaciones solventes en el orden de la seriedad». Y concluía, paradójicamente: «Quiero con esto decir, por consiguiente, que se habrá obtenido un resultado fecundo de las actividades que vosotros [miembros de la JAP] desarrolláis en esta casa [la de Acción Popular]»¹⁷. Sea como fuere, lo cierto es que la JAP pudo exhibir, al poco de su nacimiento, unos resultados organizativos e ideológicos ciertamente «fecundos», como comprobaremos a continuación, para la derecha católica.

Cuestiones organizativas y cuestiones orgánicas

Las cuestiones organizativas de las agrupaciones políticas suelen carecer de interés. Su análisis queda normalmente limitado a la descripción formal de sus estatutos o a la constatación de las desviaciones que con respecto a ellos se han producido en la práctica diaria. En el caso de la JAP, sin embargo, existieron algunas facetas destacables que merecen ser reseñadas. Afectan a diversos órdenes de su funcionamiento interno, y consisten en las prácticas que reflejaban el proceso de radicali-

continuarse a todo lo largo de la II República, y en los niveles ideológicos, organizativos y de liderazgo; cfr. MONTERO: *La CEDA*, vol. II, pp. 519-520.

¹⁵ «Juventud de Acción Popular de Madrid. Un año de actuación», *C.E.D.A.*, 20, 1 de marzo de 1934, p. 3.

¹⁶ AYALA: *Formación de selectos*, cit. p. 422. Como no podía faltar, esta postura gozaba de la comprensión de la Iglesia, ya que, al decir del propio AYALA (*Ibidem*), «la Iglesia ve el mal, y quiere, en cuanto esté de su parte, evitar el exceso de política que nace de la pasión, no el uso de la política que nace de la absoluta necesidad».

¹⁷ Discurso de J. M. GIL ROBLES a la JAP de Madrid; en *C.E.D.A.*, 28, 1 de julio de 1934, pp. 14-15.

zación ideológica de la JAP, en los límites de edad máxima previstos para los afiliados, en la considerable perfección alcanzada por sus cauces internos y en las relaciones orgánicas que la sección juvenil mantuvo con el partido cedista.

(i) Por lo que hace al primer aspecto, cabe señalar que el detallismo con el que se elaboraron los Estatutos y el Reglamento interno de la JAP¹⁸ se fue al traste por causas más significativas que las tradicionales prácticas oligárquicas. La progresiva radicalización ideológica de la JAP llegó incluso a formalizar las prácticas antidemocráticas y carismáticas en los procesos de adopción de decisiones. Eran todo un síntoma de unas actitudes de mayor alcance, que tampoco dejaron de estar presentes en sus actuaciones cotidianas de ámbito interno. Estas tendencias quedaron consagradas oficialmente al integrarse en una de las conclusiones aprobadas en el I Congreso de la JAP, celebrado en Madrid en abril de 1934. Su autor, José María Valiente, preconizaba un rechazo absoluto de «sentido leguleyesco y reglamentarista» en los comités provinciales de la JAP; éstos, por el contrario, «darán un sentido autoritario a sus organizaciones y empezarán a dar ejemplo de combatir en los mismos a la democracia degenerada y al sufragio, como medio de resolver las cuestiones, (...) [sin] considerarlos como expresión de voluntad de una Asamblea»¹⁹. En el reglamento del mismo Congreso se establecía incluso que «no se admite la votación como expresión de la voluntad del Congreso. Una vez discutido un asunto y contrastadas las diversas opciones, los acuerdos se tomarán por aclamación, y, en su defecto, por decisión de la Mesa, y si no hubiera unanimidad entre sus componentes, por la de su Presidente»²⁰. Resultaba así sólito que, por ejemplo, el cronista que reseñaba las sesiones de la V Asamblea *japista*, celebrada en Zaragoza en junio de 1935, pudiera describir los criterios de aprobación de acuerdos vinculantes para todos los comités provinciales con las siguientes palabras: «Ninguna ponencia fue discutida; cada una recibió una ovación inenarrable (...). No hubo votaciones; la JAP odia el sistema de la democracia degenerada. Los acuerdos se toman por unanimidad; si no la hay decide la presidencia. Así pueden lograrse obras constructivas»²¹. Ni que decir tiene que estas prácticas alcanzaron su punto culminante en relación con el liderazgo *japista*, entrando de lleno en un «caudillismo» irracional cuya máxima figura era naturalmente la de Gil Robles. La élite de la JAP gozó así de una extraordinaria continuidad. José María Valiente ocupó ininterrumpidamente la presidencia de la JAP desde 1932 hasta el verano de 1934. El descubrimiento periodístico de su visita parisina a Alfonso XIII le relevó de todos sus cargos, motivo que aprovechó Gil Robles para autonombrarse, con la entusiástica aquiescencia de la organización, «Jefe supremo» de la JAP. Pasó entonces a figurar como cabeza visible su vicepresidente, José María Pérez de Laborda, ayudado por su secretario general, Gregorio Santiago y Castiella, su tesorero, Avelino Parrondo, y su contador, José Ramón Prieto Noriega. Las restantes quince vocalías de su Junta directiva fueron ocupadas por unas pocas personas más, pertenecientes en su mayoría, como las anteriores, a

¹⁸ Los Estatutos están recogidos en el apéndice documental número 15 de MONTERO: *La CEDA*, vol. II, pp. 638-640; el Reglamento interno, en J. MONGE y BERNAL: *Acción Popular (Estudios de biología política)* (Madrid: Imprenta Sáez Hermanos, 1936), pp. 228-243.

¹⁹ J. M. VALIENTE: «Organización de Juventudes de Acción Popular», ponencia presentada al I Congreso Nacional de la JAP; en MONGE y BERNAL: *Acción Popular, cit.*, pp. 307-308.

²⁰ Art. 8 del «Reglamento del Congreso de Juventudes de Acción Popular», en *C.E.D.A.*, 21, 15 de marzo de 1934, p. 13.

²¹ En el *Boletín de Acción Popular Agraria Aragonesa*, 13, julio de 1935, p. 15.

la ACNP²². La escasa renovación interna de la élite *japista* facilitó su estabilidad y eficacia, permitiendo además, de paso, que la CEDA pudiera cooptar de entre aquellas un nutrido plantel de candidatos con la intención de acrecentar el número de diputados afectos a la línea política de Gil Robles.

(ii) La regulación de la afiliación y de los afiliados se ajusta en líneas generales a lo que cabe esperar. Se establecía la extendida práctica de la afiliación indirecta sección-partido, por medio de la cual el miembro de la JAP lo es automáticamente del partido, pero no al contrario; y se preveía la fidelidad de la ideología y principios de la JAP a los de Acción Popular mediante una serie de proclamaciones tradicionales en este tipo de relaciones intrapartidistas. Existió además un requisito individual que no deja de producir cierta perplejidad. Se refería a las edades de pertenencia a la JAP, fijadas entre los 16 y los 35 años. El alargamiento de la edad máxima a los 35 años resulta extraño incluso para la época de la Segunda República, en la que quienes superaban los 30 años se hallaban ya alejados de las pautas vitales que el ritmo social impone a la juventud. Y la mayoría de los partidos, aun conservadores, como la Lliga Catalana, por ejemplo, solía bajar su tope máximo de edad a los 25 para no desfigurar su virtualidad específica²³. Los fundadores de la JAP pretendían al parecer evitar los supuestos de fricciones y tensiones entre el partido y la sección juvenil: el mismo Valiente propugnaba que «el límite máximo de edad sea lo más elevado posible, huyendo siempre de constituir juventudes formadas por elementos demasiado bisoños»²⁴. Ello permitiría a los «mayores» hacerse con la dirección de la JAP y alejarla de los «radicalismos» e «impaciencias», atribuidos a la naturaleza de los más jóvenes, que la distanciaran de la ortodoxia del partido. Debe tenerse en cuenta, de otra parte, que los miembros de la ACNP que ocupaban posiciones de liderazgo en los distintos ámbitos de la derecha católica frisaban los 35 años: pertenecían a la generación que entró en la ACNP en la década de los veinte, que hacía ahora sus primeras armas políticas continuadas y que estaba unida por estrechos vínculos ideológicos, clasistas y, claro está, generacionales. Su presencia al frente de la JAP y simultáneamente de Acción Popular o de la CEDA disminuía los riesgos de enfrentamientos ideológicos por exceso o por defecto.

(iii) La organización interna de la JAP estuvo caracterizada por unos considerables grados de complejidad y eficacia, especialmente en lo referente a sus propias secciones internas. Dirigidas a la formación de sus afiliados y a la prestación al partido de distintos servicios, las secciones *japistas* trataban de defender el orden en los actos del partido o de evitar la paralización de la ciudad por huelgas obreras; de colaborar con la CEDA en las tareas de propaganda y difusión ideológica; de procurar una base formativa a sus miembros por medio de conferencias, cursillos y círculos de estudio; y de encuadrar a los jóvenes en actividades deportivas, respondiendo a la naturaleza de la derecha católica como un partido de masas de integración social. Todas estas secciones, pero sobre todo las dos primeras, alcanzaron un elevado nivel organizativo y funcional, por lo que resulta difícil cifrar en unas pocas líneas sus respectivos logros. Es el caso, en primer lugar, de la denominada *Movilización Civil*.

²² MONTERO: *La CEDA*, vol. I, pp. 599-600.

²³ Cfr. I. MOLAS, *Lliga Catalana. Un estudi d'estasiologia* (Barcelona: Edicions 62, 1972), vol. II, p. 82).

²⁴ VALIENTE: «Organización de Juventudes de Acción Popular», *cit.*, p. 337; incluso se facultaba a la Junta de gobierno, en virtud del artículo 9 del Reglamento, para «admitir el ingreso de los solicitantes con edad superior a los treinta y cinco años».

Nacida con la misión de velar por el orden de los actos públicos de la derecha católica, amplió sus objetivos tras las elecciones de 1933 hasta el punto de pretender «reunir a todos los ciudadanos de buena fe para que, ante una huelga general revolucionaria, poder prestar los servicios públicos necesarios a la población, llevar ánimo a todos los apáticos y que nunca pueda caer la sociedad en manos de la anarquía por no cumplir los ciudadanos con su deber»²⁵. En parte, lo consiguieron: sólo en Madrid llegaron a disponer de cerca de 15.000 jóvenes y 300 coches, encuadrados profesionalmente en 18 secciones que afectaban a otros tantos servicios públicos²⁶. Su primera actuación se produjo con motivo de la huelga de Artes Gráficas de marzo de 1934, a cuyo fracaso contribuyeron los *japistas* de la Movilización Civil con el empaquetado, distribución y venta de los periódicos conservadores, que alcanzaron además tiradas espectaculares. Y su labor de esquirolaje colectivo alcanzó su máxima eficacia en Madrid y en octubre de 1934. La huelga general convocada por la presencia de la CEDA en el gobierno les pilló prevenidos, actuando, en palabras de Gil Robles, con «decisión, agilidad y eficacia»²⁷. Fue posible contemplar entonces a jóvenes correctamente vestidos que barrían las calles, cuidaban del alumbrado, distribuían pan, vendían periódicos, recogían basuras, conducían trenes, camiones o vehículos de transporte público, etc. Su éxito, que le había convertido en «el eje de la reacción cívica y [en] un inapreciable auxilio para la fuerza pública»²⁸, les llevaba a la conclusión de que «ya no puede paralizarse la vida ciudadana (...) en beneficio de logias e internacionales marxistas»²⁹. De ahí a solicitar que el nuevo Estado preconizado por la JAP institucionalizara la Movilización Civil contrarrevolucionaria «para defender los principios de nuestra sociedad» no había más que un paso, que por supuesto se dió³⁰. Y, en segundo lugar, la sección de *Propaganda* de la JAP gozó si cabe de una mayor importancia, gracias en parte a su mayor continuidad y visibilidad. Por medio de sus oradores y órganos de prensa, la sección desbordó muy pronto los lindes internos de la propia JAP para convertirse en el núcleo propagandístico fundamental de Acción Popular y de los partidos componentes de la CEDA. Como ha recordado Gil Robles, «poco a poco, toda la labor de propaganda corrió a su cargo [de la JAP]. Durante meses enteros, tan pronto como lo permitían las circunstancias de la vida nacional, sus propagandistas se lanzaban por campos y ciudades, celebrando centenares y aun miles de actos públicos (...). [Sus manifestaciones] constituyeron verdaderos milagros de la actividad arrolladora de una juventud que nunca dejó de vivir en estrecho contacto con la opinión pública»³¹. Pero esta labor propagandística fue incluso superada por la escrita. Es sabido que la JAP dispuso de una revista nacional propia, *J.A.P. Organó Nacional de las Juventudes de Acción Popular de España*, a la

²⁵ A. PARRONDO: «La JAP y los trabajos de movilización civil», ponencia presentada al I Congreso de la JAP; en MONGE y BERNAL, *Acción Popular*, cit., p. 302. José María Valiente ampliaba esta finalidad al señalar (en declaraciones a *Blanco y Negro*, recogidas en *C.E.D.A.*, 19, 15 de febrero de 1934, p. 18) que «nos mueve el deseo de auxiliar al poder público para el caso de huelga general. Hay servicios importantes y vitales, como los de agua, luz y pan, que los tenemos tan estudiados que, seguramente, nuestra cooperación, si no perfecta, pues hay actividades insustituibles, al menos no serán desdeñables para la autoridad y contribuirá a levantar el espíritu público».

²⁶ «La actuación de Acción Popular en el año 1934», *C.E.D.A.*, 40, 15 de marzo de 1935, p. 16.

²⁷ G. ROBLES: *No fue posible la paz*, cit., p. 192.

²⁸ «La actuación de Acción Popular en el año 1934», cit., p. 16.

²⁹ «Cómo funciona Acción Popular», *J.A.P.*, 6, 5 de enero de 1935, p. 9.

³⁰ Y se hizo en las conclusiones del IV Congreso Nacional de la JAP, de enero de 1935; recopiladas en *J.A.P.*, 7, 19 de enero de 1935, p. 3.

³¹ G. ROBLES: *No fue posible la paz*, p. 191.

que se sumaron otras de ámbito regional, provincial o local³². Lograron publicar 53 números desde el inicial de octubre de 1934, a las pocas semanas del levantamiento revolucionario, hasta febrero de 1936, cuando el fracaso electoral provocó un éxodo casi colectivo de los *japistas* a las filas de Falange Española. Redactada colectivamente por la JAP de Madrid y con colaboraciones ocasionales, conoció una indudable popularidad: al año de su nacimiento, por ejemplo, «superaba con creces las decenas de miles de tirada, y aun esto no basta»³³. Su difusión se debía a una inteligente combinación de un espíritu combativo parafascista y de un exultante culto a la personalidad de Gil Robles, a la reiteración literal e incansable de las consignas cedistas y a los insultos con los que dibujaba a sus enemigos (en amplitud por lo demás creciente)³⁴. La *J.A.P.* cumplió así dos funciones complementarias: de un lado, expresaba la intransigencia de la derecha católica ante la situación republicana hasta llegar a posiciones claramente fascistizadas; de otro, permitió la unidad ideológica de todas las secciones juveniles del partido cedista, cuya radicalización supo compaginarse con la del propio partido en virtud de la mediación efectuada por la jefatura de Gil Robles. Casi no hace falta añadir que el nivel doctrinal e intelectual de la revista no andaba muy lejos del habitualmente escaso de las creaciones de la derecha católica. Y la cuestión se agrava por su espíritu combativo y tono insultante. En consecuencia, la construcción del futuro no pasaba de los perfiles de intransigencia que se trazaban de sus enemigos y de las esperanzas depositadas en un nuevo Estado corporativo y antidemocrático, al que había de llegarse sin falta tras el triunfo electoral de Gil Robles en febrero de 1936.

(iv) Por último, las relaciones orgánicas entre la JAP y la CEDA se articularon formalmente desde la óptica de la sección autónoma de un partido confederado. El esquema, sin embargo, terminó resultando bien distinto ya mediada la República. En principio, la autonomía concedida a cada sección provincial de la JAP había de desarrollarse dentro del respectivo partido provincial integrado en la CEDA, que disponía de una serie de controles interorgánicos y de vetos personales para supervisar las actividades de los jóvenes. Pero la práctica política de la JAP fue aminorando paulatinamente su dependencia de los comités provinciales cedistas para articular, antirreglamentaria pero no menos efectivamente, una organización de ámbito centralizado y nacional. Esta tendencia fue pronto tan patente como irreversible, pese a las ocasionales manifestaciones en contrario, acaso realizadas para amortiguar las críticas que generaban³⁵. Gil Robles ha recordado que «la JAP (...) sintió desde el primer

³² Eran *Desperta Ferro...*!, de la JAP catalana; ¡*Adelante!*!, de Mérida (Badajoz) y otra con el mismo título de la JAP malagueña; *Acción*, de Benavente (Zamora) y otra homónima en Palma de Mallorca; *Más*, de La Coruña; *Gulias*, de la Federación de Juventudes de la Derecha Regional Valenciana, y *Presente y Adelante*, de Oviedo; cfr. «La difusión del pensamiento de la JAP», *J.A.P.*, 34, 28 de septiembre de 1935, p. 8.

³³ «La revista *J.A.P.* cumple un año», *J.A.P.*, 38, 26 de octubre de 1935, p. 12.

³⁴ Un moderado estudio de la *J.A.P.* ha podido así decir que «se excedieron las JAP en la revista en cuanto al tono se refiere. Bien que fuera una revista combativa, pero incluso en las formas empleadas hay mal gusto. Podría alegarse que respondían al tono de la oposición, pero ello no justifica nada. El propio lenguaje es duro y llega casi hasta la grosería» (Elías Laferriere, «Estudio crítico y hemerográfico de la revista *J.A.P.*, órgano de las Juventudes de Acción Popular [1934-1936]», en *Estudios de Información*, 21-22, 1972, p. 243).

³⁵ Así, por ejemplo, entre las conclusiones del Congreso de la JAP de 1934 se leía que «las Juventudes de Acción Popular no consideran por el momento preciso establecer una Federación de Juventudes, ya que la CEDA llena esa necesidad, y es a través de sus organizaciones, e infiltrando en ellas su espíritu, como deben actuar» (VALIENTE, «Organización de las Juventudes de Acción Popular», cit., p. 308); un año después, en el Congreso de Zaragoza, se ratificaba que «cada organización de la JAP está sujeta a la

momento grandes ansias unificadoras. (...) A pesar de las normas reglamentarias, de las reclamaciones constantes de los organismos provinciales y de los acuerdos del Consejo Nacional de la CEDA, el sector juvenil fue adquiriendo una estructura cada vez más unitaria y centralista»³⁶. El mismo Gil Robles ha aducido algunos motivos, que combinaban la tantas veces citada radicalización antidemocrática de la JAP con su eficacia organizativa, en términos que merecen asimismo citarse: «Quizás en ellas [en las JAP] influyera el recelo hacia algunas de las entidades autónomas del partido, de ideología marcadamente democrática, en contraste con el espíritu de las Juventudes (...). Pudo pesar también en el ánimo de sus afiliados el ansia de un mando único, más firme y vigoroso en las organizaciones unitarias que en las federativas»³⁷. (Si, entre paréntesis, *algunos* de los 47 partidos integrantes de la CEDA ostentaban un espíritu *marcadamente* democrático —el adverbio tampoco deja de ser significativo— parece deducirse el espíritu antidemocrático de la inmensa mayoría de los restantes miembros de la CEDA. ¿Cómo hacer creíble entonces la imagen oficial que la CEDA se esforzaba en proporcionar con la realidad política de sus componentes?). Sea como fuere, lo cierto es que la JAP articuló mecanismos sustitutorios de los reglamentos que facilitaron su funcionamiento como organización centralizada y unitaria. Entre ellos figuró en primer lugar su propia denominación, que se mantuvo uniforme en todos los comités provinciales pese a que *Acción Popular* era sólo uno de los «tipos» de los partidos confederados en la CEDA: aunque mayoritario, coexistía con otros partidos que llevaban por denominación las de *Acción Agraria*, *Unión* o *Bloque de Derechas*, etc.³⁸. A esta decisión simbólica le siguieron otras dotadas de mayor contenido institucional. Como la de crear en 1934 un antirreglamentario «Comité de Enlace Central de Centros Locales de las Juventudes de Acción Popular», que más tarde abrevió su nombre por el más expresivo de Comité Nacional. Dirigido por el vicepresidente *japista* Pérez de Laborda y bajo la jefatura de Gil Robles, estaba integrado por una Comisión permanente (en la que se sentaban los directivos de la JAP de Madrid) y por representantes regionales. Celebró reuniones semestrales, calificadas como «reuniones plenarias del Comité Nacional» o «Asambleas», que, según los términos de su revista, «tienen más bien el carácter de reuniones de hermanos, [y] en las que con emoción advertimos la existencia entre nosotros de una perfecta compenetración y de una unidad de pensamiento que vale mucho más que todos los Reglamentos y jerarquías»³⁹. Como muestra de su proyección centralizada sobre todas las secciones juveniles de la CEDA, el acta fundacional de la Comisión permanente del Consejo Nacional le facultaba para «fijar las directrices de las Juventudes de Acción Popular, dar unidad a su actuación, preparar la propaganda, etc.»⁴⁰, con unos puntos suspensivos que indican claramente que la enumera-

disciplina de las respectivas organizaciones de la CEDA» («La JAP es contrapeso e impulso dentro de la CEDA», *J.A.P.*, 22, 22 de junio de 1935, p. 4).

³⁶ G. ROBLES: *No fue posible la paz*, cit., p. 190.

³⁷ G. ROBLES: *No fue posible la paz*, p. 190.

³⁸ Cfr. MONTERO: *La CEDA*, vol. I, pp. 416 ss.; según la autorizada opinión de Gil Robles (*No fue posible la paz*, p. 190) la denominación uniforme como Juventudes de *Acción Popular* «demostraba una cierta rebeldía contra el federalismo de la CEDA, a la vez que una mayor identidad espiritual con el grupo [es decir, *Acción Popular*] que mejor representaba a sus ojos el sentido unitario y las características renovadoras de un partido nuevo». La única excepción a esa regla fue la de la Federación de Juventudes de la Derecha Regional Valenciana, que, pese al mantenimiento de su denominación, acordó en 1935 su integración fáctica en la estructura organizativa unitaria preconizada por la JAP; MONTERO, *La CEDA*, vol. I, pp. 642-643.

³⁹ En *J.A.P.*, 12, 22 de junio de 1935, p. 4.

⁴⁰ VALIENTE: «Organización de las Juventudes de Acción Popular», cit., p. 308.

ración no está cerrada; y de su dirigente inmediato, Pérez de Laborda, pese a representar formalmente a la organización *japista* madrileña, se aseguraba que «inspira, dirige e interviene en todas las demás de España»⁴¹. De ahí que el único control existente en la práctica sobre la actividad de la JAP recayera en el vertical que Gil Robles podía ejercer, y no tanto como presidente de la CEDA sino como *Jefe* de la JAP. Aunque no faltaron los incidentes, su solución recayó siempre, al parecer, en la persona de Gil Robles, que hubo de acudir a vías extrajurídicas para ello⁴². De todas formas, su protagonismo estaba ideológicamente favorecido por el culto a la personalidad de que Gil Robles fue objeto por parte de la JAP, reforzando así las dosis de mesianismo que le atribuían como líder carismático de la derecha católica⁴³. Un culto que tuvo su fundamento en el segundo punto programático de la JAP, que establecía un contundente «Los Jefes no se equivocan». Y un culto que, sintetizando las auténticas relaciones orgánicas entre la CEDA y la JAP, tuvo su consecuencia en una significativa conclusión aprobada en la Asamblea de la JAP de Toledo, en 1935: «El Consejo Nacional de Juventudes de Acción Popular no tiene otro pensamiento político ni otra táctica que los señalados por el jefe supremo, don José María Gil Robles, ante quien reitera la confianza y acatamiento más inquebrantables»⁴⁴.

Una organización fascistizada (I): Las manifestaciones ideológicas de la JAP

En 1935 dos protagonistas políticos tan dispares como Ramiro Ledesma Ramos y Joaquín Maurín coincidían al diagnosticar la ausencia en España de un partido fascista equiparable a sus correligionarios alemán e italiano, y al convertir a la CEDA en una especie de sucedáneo del fascismo, al que tildaron de partido fascistizado. Para Maurín, fundador primero del *Bloc Obrer i Camperol* y después del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), encuadrados obviamente en la izquierda, la esperanza revolucionaria de la clase obrera se cifraba en parte en las contradicciones internas del «movimiento fascista en formación». La CEDA, «el partido fascistizante más fuerte y más próximo al poder», constituía el principal punto de referencia de un futuro fascista que, sin embargo, no llegaba a personificar: «La CEDA, más que ‘fascios’ y *sturmabteilungen*, es un conglomerado de detritus históricos con una cierta técnica electoral para embaucar beatas. (...) El fascismo que representa es poco consistente»⁴⁵. Para Ledesma Ramos, fundador de *La Conquista del Estado* y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), el primer periódico y la primera organización fascista, su esperanza de futuro quedaba depositada en manos de los «fascistizados», a los que describía con estas palabras: «¿Quiénes son los fascistizados? Empresa bien fácil y sencilla es señalarlos con un dedo, ponerlos en fila: Calvo Sotelo y su Bloque Nacional. Gil Robles y sus fuerzas, sobre todo las pertenecientes a la JAP. Primo de Rivera y sus grupos, hoy todavía a la órbita de los anteriores, aunque no, sin duda, mañana»⁴⁶.

⁴¹ MONGE y BERNAL: *Acción Popular*, cit., p. 251.

⁴² El propio Gil Robles (*No fue posible la paz*, pp. 193-194) ha reconocido «el cúmulo de incidentes nimios en sí, pero peligrosos por su reiteración, que era preciso resolver a cada instante y que exigían una gran autoridad en quien hubiera de zanjarlos, por no hallarse previstos en reglamentos ni estatutos».

⁴³ Cfr. al respecto, MONTERO: *La CEDA*, cit., vol. II, pp. 5 ss.

⁴⁴ «La JAP ante la realidad política de España», *J.A.P.*, 7, 19 de enero de 1935, p. 3.

⁴⁵ J. MAURÍN: *Revolución y contrarrevolución en España* (París, Ruedo Ibérico, 1935), pp. 211 y 217.

⁴⁶ R. LEDESMA RAMOS: *¿Fascismo en España? Discurso a las juventudes de España* (Barcelona, Ariel, 1968), p. 72.

La coincidencia del diagnóstico de Maurín y Ledesma Ramos obliga a plantear, aunque sea de pasada, la paradójica situación del fascismo en la España republicana. La paradoja de un partido fascista, Falange Española (FE), cuyo fracaso no hacía temer, a corto plazo y por medios electorales, su acceso al poder, y, de otro lado, un resto de organizaciones políticas, de entre las que destacaba la CEDA y sobre todo la JAP, que, sin ser fascistas, representaban una tendencia fascistizada o una política fascistizante de peligrosas consecuencias para la continuidad democrática del régimen republicano. De ahí que la conocida frase de Bracher, según la cual «la historia del nacionalsocialismo es ‘de cabo a rabo’ la historia de su subestimación»⁴⁷, deba reformularse para el caso español. Cabría aquí distinguir, en efecto, entre la lógica subestimación conferida a un *partido fascista*, percibido con acierto como socialmente débil y electoralmente minoritario, y la enorme importancia concedida *al peligro fascista*, que se encarnaba básicamente en la CEDA, el partido con mayor implantación social y mayor fuerza electoral de todo el espectro conservador. En 1933, año de la fundación de FE, «el fascismo español era, todavía, un escarceo que movía a hilaridad y que, en todo caso, no preocupaba»⁴⁸; los años siguientes no mejorarían sus escasas posibilidades. Todo lo contrario de lo que ocurría con la CEDA. Desde ese mismo año 1933, las organizaciones de la izquierda obrera, especialmente las socialistas, identificaron el peligro antirrepublicano implícito en su ambigüedad hacia el régimen y en su proyecto de revisión constitucional con el peligro fascista. Enfocado desde la quiebra democrática de Portugal, Alemania y Austria, el peligro fascista tuvo oportunidad de concretarse explícitamente a partir de la simpatía mostrada por sus líderes (y sobre todo, de nuevo, por la JAP) hacia los fenómenos fascistas, del cuestionamiento expreso de la continuidad del sistema democrático y de la defensa de un amplio programa contrarrevolucionario en las elecciones parlamentarias de 1933; la posición arbitral de la CEDA en el nuevo Congreso y su participación en gobiernos de coalición no podían por menos que acrecentar esos temores. En suma, ambos procesos cristalizarían en un antifascismo superior efectivamente a FE, un minoritario partido fascista, pero cuyo contrapunto ideológico se hallaba en el peligro representado por una CEDA fascistizada.

Aunque no fue el único⁴⁹, la JAP supuso un marco de referencia de excepcional relevancia para las imputaciones de fascismo, en cualquiera de sus variedades, a la CEDA. La radicalización maximalista de la JAP le permitía su autodefinición como la vanguardia de la CEDA, una especie de punta de la lanza del partido. Gil Robles ratificó esta posición en términos que merecen recordarse: «La JAP, en su puesto; nosotros, en el nuestro; los jóvenes, con toda la impaciencia de sus ideales, van desbrozando el camino de la salvación de España, y nosotros, dentro, no porque no comulgamos en los mismos principios, sino porque nuestra labor no es de vanguardia, sino de consolidación; nosotros, dentro, firmes en el terreno, muchas veces desagradable, de la lucha de partidos; pero sin retroceder un paso, sin dejar una trinchera, firmes y clavados los pies»⁵⁰. De esa posición de avanzada cabe deducir su funcionalidad por el interior del partido, reiterada insistentemente en las páginas de

⁴⁷ K. DIETRICH BRACHER: *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo* (Madrid, Alianza, 1973), vol. I, pp. 268-269.

⁴⁸ J. JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en la crisis de la Segunda República* (Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979), p. 52.

⁴⁹ MONTERO: «La fascistización de la derecha española en la Segunda República», *cit.*, pp. 626 ss.

⁵⁰ Discurso de José María Gil Robles en la concentración de la JAP en Santiago de Compostela; en *C.E.D.A.*, 52, 1 de octubre de 1935, p. 11.

la revista: la JAP no dirige la CEDA, pero la eleva y la depura. Es decir, a la JAP correspondía mostrar la esencialidad de la CEDA por debajo de sus inevitables elementos de aluvión, sublimar su discurso ideológico más allá de las «miserias políticas» derivadas de su concurrencia en un orden democrático, proyectar su futuro al margen de la competición partidista diaria. Dejando a la infabilidad del Jefe la apreciación de la táctica, la JAP procuraba delinear ese porvenir de acuerdo con su programa, parcialmente sintetizado en sus conocidos 19 puntos. Eran éstos:

1. Espíritu español. Pensar en España. Trabajar por España. Morir por España.
2. Disciplina. Los jefes no se equivocan.
3. Juventud. Fe. Arrojo. Voluntad. Espíritu joven en la política nueva.
4. Derogación de la legislación sectaria, socializante y antiespañola.
5. Familia cristiana frente a modernismo pagano.
6. Fortaleza de la raza. Educación premilitar. Abolición del soldado de cuota.
7. Libertad de enseñanza. Los hijos no son del Estado.
8. Amor a la región, base del amor a España.
9. Especialización. Más preparación y menos discursos.
10. Nuestra evolución es justicia social. Ni capitalismo egoísta ni marxismo destructor.
11. Más propietarios y más justa distribución de la riqueza.
12. Guerra al señoritismo decadente y a la vagancia profesional. Reconocimiento de todas las actividades. Trabajo para todos. El que no trabaje, que no coma.
13. Antiparlamentarismo. Antidictadura. El pueblo se incorpora al Gobierno de un modo orgánico y jerárquico, no por la democracia degenerada.
14. Reconstrucción de España. Guerra a la lucha de clases. La economía, al servicio de la nación.
15. España fuerte, respetada en el mundo.
16. Primero la razón. Frente a la violencia, la razón y la fuerza.
17. Prestigio de la autoridad. Poder ejecutivo fuerte. Prevenir, mejor que reprimir.
18. Ante los mártires de nuestro ideal: ¡Presente y adelante!
19. Ante todo, España, y sobre España, Dios.

Debe recordarse que estos 19 puntos se codificaban de forma similar a los de *El Fascio*, *La Conquista del Estado*, FE y los artículos nacionalsocialistas o el Estatuto fascista italiano. El formato era ciertamente similar, pero su contenido mezclaba la retórica fascista con elementos tradicionales del pensamiento conservador católico. Esta aparente contradicción se proyectaba sobre la existente entre su belicosidad organizativa e ideológica y su rechazo a la violencia política callejera; una táctica que acaso sirvió para canalizar el potencial fascista de un sector de la juventud por cauces que demostraron ser no violentos en la práctica⁵¹. Y si ello suponía a la JAP la animadversión de las organizaciones fascistas *stricto sensu*, resultaba insuficiente para evitar su inclusión en la nómina de los grupos fascistas o al menos de los fascistizados por parte de sus enemigos. Sobre todo porque su proceso de radicalización antidemocrática se unió sin solución de continuidad con numerosos esbozos fascistas⁵². En mayo

⁵¹ Estos 19 puntos surgieron de las 24 ponencias desarrolladas en su Congreso de abril de 1934, y fueron hechos públicos en la concentración de El Escorial, que se celebró días después.

⁵² J. J. LINZ: «From great hopes to civil war: The breakdown of democracy in Spain», en J. J. LINZ y A. STEPAN (eds.), *The breakdown of democratic regimes. Europe* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978), pp. 169 y 207.

de 1935, por ejemplo, la JAP definía su programa como la síntesis «de todas las aspiraciones del pueblo español, aspiraciones de orden, de jerarquía, de disciplina férrea, sin claudicaciones de ninguna especie, de religiosidad y de amor a un jefe providencial que es el verdadero salvador de España»⁵³. El desarrollo de estos supuestos llevaría a la JAP a hacer gala de una intransigencia cuyos límites quedaban cada vez más inciertos. Para la JAP, «la lucha no está entablada entre dos ‘Españas’, sino entre España y unos núcleos rebeldes. España es una afirmación en el pasado y una ruta hacia el futuro, es única, inmutable, eterna, fiel a sí misma, obediente al mandato histórico creador de su nacionalidad. La rebeldía tiene una fuerza centrífuga que le aparta progresivamente del centro espiritual de la Patria»⁵⁴. La consideración del sistema democrático se movía en la misma línea, particularmente significativa de la sección de un partido que propugnaba el accidentalismo de las formas de gobierno y la táctica posibilista en sus actividades gubernamentales: «*¡Con el arma del sufragio universal luchemos para terminar con su irracional existencia! ¡Con la mayoría absoluta del Parlamento destruyamos los vicios del parlamentarismo, modificando fundamentalmente la estructura de la representación nacional! Con los resortes de la democracia desbanquemos para siempre al Estado liberal, que hace tiempo ha cumplido ya su misión histórica, y sólo puede esperar su cadáver putrefacto de la actual generación que ésta le cubra con tierra piadosa*»⁵⁵. La expresión de su absoluta incompatibilidad con sus enemigos, definida en función de su concepto maniqueo de España, se proyectó en una polarización radical no exenta de amenazas de la fuerza física: «No cabe diálogo ni convivencia con la anti-España»; «Aplastemos al marxismo, la masonería y el separatismo para que España prosiga su ruta imperial»; «Después del triunfo aniquilaremos de cuajo a la revolución y a sus cómplices, arrollando la vieja política, que se antepone en el camino de España: Una, Justa, Fuerte»; «Frente a los que quieran oponerse a la voluntad de España (...), el saludo de la JAP cambiará de aspecto: El ojo avizor. El brazo en tensión. El corazón en la mano y la mano en el cinto»; «Dispuestos a responder siempre en forma adecuada. Y frente a los puños en alto, el puño armado a la altura de los ojos»⁵⁶. Y tampoco faltaron, en fin, las ansias imperialistas. Esgrimidas como alternativa totalizadora a lo existente, sus formulaciones no alcanzaron un nivel ideológico superior al de los restantes grupos fascistas españoles. Aunque no escasearon las especificaciones de imbuir en Tánger, por ejemplo, una «espiritualidad imperial», sus definiciones de *Imperio* solían arracimarse alrededor de un «concepto moral»: «Quiere decir autoridad y dominio de las fuerzas del espíritu. Y quiere decir unidad de unidades morales. Es decir, superación de unidad. Y quiere decir aliento, impulso, necesidad, obliga-

⁵³ Discurso de José Antonio Cremades, presidente de la JAP de Zaragoza; en el *Boletín de Acción Popular Agraria Aragonesa*, 11, mayo de 1935, p. 3.

⁵⁴ En *J.A.P.*, 23, 1 de julio de 1933, p. 25.

⁵⁵ «Un cambio de sistema político se impone en España», *J.A.P.*, 36, 12 de octubre de 1935, p. 35; subrayado en el original. También, «España nunca podrá ser ni una monarquía balcánica ni una república de camaradas. El problema de España es de régimen, no de forma de gobierno», *J.A.P.*, 37, 19 de octubre de 1935, p. 3, donde podía leerse que «queremos un régimen de cascos de hierro (...) un régimen de jerarquía (...). He aquí muy brevemente señalado cuál será nuestro régimen: Monarquía, poder de uno solo; Aristocracia, selección jerárquica; Democracia, colaboración del pueblo; República, cosa pública, cosa de todos y para todos. Todo esto junto y nada de esto solo. Imperio. Este es nuestro régimen».

⁵⁶ En *J.A.P.*, 21, 8 de junio 1935, p. 1; 52, 8 de febrero de 1936, p. 1; 40, 9 de noviembre de 1935, pp. 1 y 3, etc.

ción de dar extensión universal a una Misión nacional». Incluso se llegó a expresar su hipotético contenido en forma de decálogo, con las afirmaciones al uso de la época. Así, el segundo mandamiento aseguraba que «España es el cuerpo de una cultura (...). España [es] (...) la Contrarreforma; el tercero, «España tiene una misión universal: (...) Deber de perdurar, deber de depurarse, deber de extenderse»; el cuarto, «Ser español es hacer profesión de fe»; el quinto, «España es una unidad moral (...) que es, sobre todo, armonía»; y el sexto y séptimo caracterizaban al Imperio como «supremacía de categorías morales» y como «jerarquía»⁵⁷.

Algunas organizaciones juveniles de partidos conservadores europeos sufrieron un proceso de fascistización similar (entendido como «la asunción de los residuos ideológicos de la concepción del mundo fascista por parte de las concepciones conservadoras, sin que en ellos logren aquéllos un grado de centralidad relevante»⁵⁸). Se trataba de una especie de «préstamo», que, sin llegar a alterar el tono tradicional del discurso conservador, potenciara su apariencia de modernidad⁵⁹. Y buscaban así contrarrestar el éxito alcanzado por los movimientos fascistas, notablemente entre la juventud, y competir contra ellos con ofertas ideológicas similares: el éxito de algunos partidos católicos europeos sobre los fascistas fue en parte posible gracias a la incorporación de algunas posiciones semifascistas y, a veces, por la asimilación de un estilo pseudofascista⁶⁰. Pero ya sabemos que esa competición no llegó a darse durante la Segunda República en la que, por el contrario, la fascistización cedista aumentaba a medida que se agudizaban las dificultades de FE para recuperarse de su fracaso político. En España, pues, el grupo marginal estaba constituido por FE, no por la CEDA; y la CEDA no necesitaba de los «arreos externos» fascistas para modernizar su imagen, alcanzar una mayor movilización y aumentar su penetración social, porque se trataba de un partido moderno en su élite y en su organización interna, había superado ya la etapa movilizadora y las convocatorias electorales habían demostrado su implantación social en los sectores sociales que, por los demás, suponían precisamente la base potencial de FE. La desigual competición política entablada entre la CEDA y FE permite también descartar la hipótesis de que la CEDA incorporara sistemáticamente elementos aislados del fascismo para contrarrestar así la penetración de FE en espacios susceptibles de ser ocupados por CEDA, o de los que la CEDA pudiera resultar desplazada por FE. Lejos de constituir gestos exagerados, arrebatos juveniles o desplantes inútiles, los elementos ideológicos de la fascistización de la JAP implicaban una peculiar respuesta a los conflictos políticos republicanos de un sector de la juventud conservadora; una respuesta que, enmarcada en el contexto internacional de la época y en la debilidad del fascismo español en sentido estricto, fue calificada de fascista, o considerada como el principal peligro que amenazaba a la República en virtud de su conexión con el partido cedista. Por eso Elorza ha podido escribir de la JAP que supuso una «forma nacional de fascismo», o que su fascismo sólo estaba difuso «en la medida en que no viene definido por el partido en que se encuadra la Juventud»⁶¹. La cuestión finalmente destacable —y ante la que

⁵⁷ «España Imperio», *J.A.P.*, 34, 25 de septiembre de 1935, pp. 4-5.

⁵⁸ R. DE AGUILA TEJERINA: *Ideología y fascismo* (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982), p. 244.

⁵⁹ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis de la Segunda República*, cit., pp. 16 ss. y 77.

⁶⁰ J. J. LINZ: «Some notes toward a comparative study of fascism in sociological historical perspective», en W. Lacqueur (ed.), *Fascism. A reader's guide* (Hardmondsworth, Penguin, 1976), pp. 22 ss.

⁶¹ A. ELORZA: «El nacionalismo conservador de José María Gil Robles», en su libro *La utopía anarquista bajo la Segunda República española* (Madrid. Ayuso, 1977), pp. 262 y 263.

los problemas definitorios perdieron entonces toda importancia — es que su creciente intransigencia antidemocrática y su progresiva inclinación hacia el autoritarismo fueron avaladas por el propio Gil Robles (y, a su través, por la CEDA) en cuantas ocasiones se identificó con la JAP, que no fueron pocas. La aparente diversificación entre la JAP y la CEDA (la primera «fascista» o «fascistizada», la segunda actuando en un sistema democrático que prometía respetar) quedaba así fusionada en una unidad superior. Y las manifestaciones ideológicas de la JAP parecían responder, en consecuencia, a un futuro contrarrevolucionario que la CEDA se encargaría de edificar cuando consiguiera la «totalidad del poder» propugnada por ambas organizaciones. Poco importarían entonces las críticas de los japistas a la «estolatría» y al «extranjerismo protestante» de las fórmulas italiana o alemana, pese a que tampoco se dejara de reconocer una indudable admiración («han hecho vibrar a varios pueblos», decía Pérez de Laborda⁶². Y menos relevancia aún tendrían las diferencias entre FE y JAP, a la que las medidas socioeconómicas de aquélla le parecían «sencillamente monstruosas»⁶³: el problema era la fuerza parlamentaria del partido al que pertenecía, no su incapacidad para proponer una ruptura ideológica auténticamente fascista, ni su conservadurismo en última instancia tradicional pese a sus elementos fascistizados. Y era esa fuerza parlamentaria la que, según los adversarios de la derecha católica, podría poner en pie un Estado autoritario de corte corporativo, con independencia de que la «tercera vía» ensayada no fuera la típicamente fascista, sino la peculiar de quienes rechazaban simultáneamente al liberalismo y al fascismo⁶⁴.

Un grupo fascistizado (II): Las concentraciones japistas

Las seis concentraciones celebradas por la JAP entre 1934-1935 constituyen un excelente ejemplo de algunos de los motivos que hacían cifrar en la CEDA y en la JAP el peligro fascista, bien que sus rituales sufrieran un cierto proceso de adaptación a las necesidades de un partido conservador o contrarrevolucionario español. Es posible que la idea de las concentraciones surgiera de Gil Robles a resultas de sus viajes a Italia y Alemania en 1933. Hasta entonces la JAP se había mantenido como un mero apéndice del partido, sin actuaciones públicas propias de especial relevancia. En enero de 1933, Gil Robles visitó Italia con la intención de estudiar sobre el terreno la organización corporativa. Y en septiembre de ese mismo año se celebró el Congreso de Nuremberg, con Hitler ya en el gobierno, al que acudió Gil Robles como observador. A su vuelta publicó un artículo en *La Gaceta Regional*, de Salamanca, cuyo contenido merece recordarse. Con el significativo título de «Antidemocracia», relata en él Gil Robles que, «además de asistir a las jornadas inolvidables del Congreso pude dedicar dos días a estudiar en Munich la organización del partido racista en su núcleo principal (la célebre ‘Casa Parda’ de Hitler) y otros tres a visitar en Berlín las oficinas de propaganda, los campos de concentración y de trabajo, las milicias hitlerianas, etc.». El balance de su observación era altamente positivo. Aunque se veía obligado a rechazar como católico el «panteísmo estatal» y la violencia del partido «racista», añadía que «en el fascismo hay mucho de aprovechable: su raíz y su actuación eminentemente populares; su exaltación de los valores patrios; su

⁶² Discurso de José María Pérez de Laborda; en *El Debate*, 23 de enero de 1934.

⁶³ Discurso de José María Pérez de Laborda; en *El Debate*, 5 de enero de 1935.

⁶⁴ «¿A dónde van las Juventudes de Acción Popular? Ni fascismo ni liberalismo», *J.A.P.*, 29, 15 de febrero de 1934, p. 7.

neta significación antimarxista; su enemiga a la democracia liberal y parlamentarista; su labor, coordinadora de todas las clases y energías sociales; su aliento juvenil, empapado de optimismo, tan opuesto al desolador y enervante escepticismo de nuestros derrotistas e intelectuales... Todo esto traza las directivas de un nuevo orden de cosas, que nosotros estamos en el deber de recoger, para armonizarlo con los postulados de la doctrina católica». Gil Robles finalizaba con unas palabras claramente volitivas de lo que luego serían las concentraciones *japistas*: «Cuando yo veía en Nuremberg el desfile de 120.000 milicianos racistas, o contemplaba en el Stádium a 60.000 muchachos formados, no podía menos que pensar: ¿quién sueña en España con ver un partido político cuyos miembros, de uniforme, desfilan de doce en fondo durante seis horas, con la mochila a la espalda y al son de cornetas y tambores? Insisto. En los movimientos racista y fascista, aparte de muchas cosas inadmisibles, hay mucho de aprovechable, a condición de amoldarlo a nuestro temperamento y empapararlo de nuestra doctrina»⁶⁵.

Ese sueño era el que Gil Robles y los dirigentes de la JAP pretendían hacer realidad en España. «Seducidos por el ejemplo de los grandes movimientos totalitarios de Italia y de Alemania»⁶⁶, escogieron para ello un ritual similar, pero con los inevitables cambios que lo amoldaran al «temperamento» español. Se celebraron seis, como hemos apuntado: El Escorial (abril de 1934), Covadonga (septiembre de 1934), Uclés (mayo de 1935) y San Juan de la Peña y Santiago de Compostela (septiembre de 1935). Una concentración —en su argot— «monstruo», proyectada para llevar a Madrid a más de 150.000 personas en diciembre de 1935, tuvo que suspenderse tras una larga campaña de propaganda ante la inminencia de las elecciones. Casi todas se celebraron en momentos importantes para las expectativas de la CEDA, o en situaciones de tensión con el Presidente de la República o los Presidentes del Consejo de Ministros, como una especie de demostración de fuerza que avalaba las pretensiones cedistas. Y todas se realizaron en localidades que, por su monumentalidad o valor histórico de gestas pasadas, evocaran jalones de una concepción sentimental, nacionalista y retóricamente grandilocuente de nuestro pasado. Eran sitios que para la JAP significaban «páginas de imperio, sueños de heroísmos, caminos de España, rutas de historia, hogares de la raza, forjas del espíritu (...), índices del pasado, mandatos para el porvenir»⁶⁷. Por lo demás, los rasgos más característicos de las concentraciones fueron los siguientes:

(i) No se decía prestar especial atención a una uniformidad excesiva, a fin de evitar paralelismos comprometedores. «Somos contrarios —señalaba una de las «Instrucciones» de la de El Escorial— a adoptar ningún uniforme (...); sin embargo, dado el carácter campestre y deportivo del día, recomendamos a todos los jóvenes vengan con bandas o botas altas, briches y camisa de campo, a poder ser, de color crudo»⁶⁸.

⁶⁵ «Un rato de charla con el señor Gil Robles. Sus impresiones del Congreso de Nuremberg», *C.E.D.A.*, 10, 30 de septiembre de 1935, pp. 5-6. En la página 5 se recogía su artículo «Antidemocracia», aparecido el día 8 de septiembre de 1933. Sobre los términos del viaje de Gil Robles a Alemania, cfr. ANGEL VIÑAS, *La Alemania nazi y el 18 de julio. Antecedentes de la intervención alemana en la guerra civil española* (Madrid, Alianza, 1974), pp. 143 ss.

⁶⁶ GIL ROBLES, *No fue posible la paz, cit.*, p. 191.

⁶⁷ «Ante la gran concentración de Medina del Campo. Manifiesto de la JAP», en *J.A.P.*, 20, 1 de junio de 1935, p. 8.

⁶⁸ En *C.E.D.A.*, 21, 15 de marzo de 1934, p. 14.

(ii) No obstante, se rogaba que todos llevaran en el brazo izquierdo un brazalete con la insignia de la JAP (una cruz flordelisada negra sobre fondo blanco) y que todas las agrupaciones estuvieran representadas por sus banderas y estandartes.

(iii) Se preveía también que los expedicionarios estuvieran acompañados de bandas de música, orfeones locales y elementos musicales populares con sus trajes típicos.

(iv) Como saludo colectivo, «sin necesidad de copiar saludos extranjeros» y «tras madura reflexión», los organizadores de la JAP se decidieron por «el viejo saludo español» de llevar la mano derecha, paralela la palma al suelo, al lado contrario y a la altura del corazón, en posición de firmes.

(v) Las concentraciones solían comenzar con una misa de campaña, la lectura de los mártires de Acción Popular (a la que se contestaba con un «¡Presente!»), la lectura de los 19 puntos y el canto del himno *japista*. Venía a continuación la ceremonia del juramento de fidelidad al jefe y al programa, cuya fórmula, con escasas variaciones, decía así: «¿Prometéis fidelidad al programa y al espíritu de la JAP y estáis dispuestos a realizar todos los sacrificios en defensa de nuestra fe y de nuestra Patria? ¿Prometéis obediencia a nuestro Jefe supremo, don José María Gil Robles, siguiendo con paso firme el camino que nuestro Jefe señale, sin discusiones y sin vacilaciones?» Obvio es señalar el sentido de las respuestas: «Un ‘sí’ rotundo —escribe el cronista de El Escorial— coreó cada promesa, y de nuevo se agitaron pañuelos y bandera. Muchos jóvenes, en el colmo del entusiasmo, gritaban ‘Sí, sí. Toda la vida’»⁶⁹.

(vi) El colofón estaba constituido por los mítines, que cerraba siempre Gil Robles con su más vibrante oratoria, y se terminaba con un desfile ante él.

No eran, pues, actos típicamente fascistas. Ensayaban a lo sumo aires de fascismo, como gustaban de desacreditarlos los falangistas por su escaso *nervio* y poco *estilo*. Uno de ellos, reflejando el sentir de FE, aseguraba que, «a pesar de la respetable cantidad de asistentes, invocaciones y saludos, no pasó de triste caricatura (...). Aquellos jóvenes sin nervio, eran el enemigo ideal para la avalancha roja que se presentía. Por eso verles fracasar fortalecía y esperanzaba»⁷⁰. El fracaso, sin embargo, era muy relativo. Era el fracaso de un fascismo genuino, pero no el de la sección juvenil de un partido político en las tareas de movilización política y polarización ideológica, tareas que, entre otras, la JAP desempeñó con cumplida eficacia. De ahí que la JAP lograra alzarse como la sección autónoma más importante de la CEDA, y la que mayores cotas de protagonismo alcanzó durante la Segunda República dentro de las numerosas creaciones de la derecha católica. Las concentraciones eran algunas de sus actividades más visibles, pero no desde luego las únicas. Por eso no le falta razón a su entonces infalible jefe cuando las recuerda con gratitud: la disciplina que consiguió de sus juventudes, pese al abandono en que le dejaron en febrero de 1936, al trasvasarse casi colectivamente a las filas de FE, rewertió muy favorablemente en el funcionamiento de un partido de masas como la CEDA. «Las grandes concentraciones de la JAP —escribe, en fin, Gil Robles— me han producido, junto a las naturales preocupaciones de su organización, las emociones más nobles e intensas de mi vida política. De ellas sacaba la energía necesaria para no ahogarme en el ambiente enrarecido de la intriga parlamentaria y de la maniobra partidista. ¡Lástima grande que la política de un país esté constituida por esa mezcla obligada de altas empresas y de pequeñas ruindades!»⁷¹.

⁶⁹ En *C.E.D.A.*, 24, 1 de mayo de 1934, p. 20.

⁷⁰ D. JATO, *La rebelión de los estudiantes (Apuntes para una historia del alegre SEU)* (Madrid, Cies, 1953), p. 99.

⁷¹ GIL ROBLES, *No fue posible la paz, cit.*, p. 191, nota 3.